

poner término á la guerra entre los Estados beligerantes, y con motivo de haberse recibido una carta del Canadá, fechada en 5 de julio, en la cual se manifestaba que Mrs. Clemente Clay, de Alabama, Jacobo Holcombe, de Virginia, y Jorge Sanders marcharian á Washington con el fin de tratar sobre la paz, si se les prestaba apoyo, Mr. Horacio Greeley lo puso en conocimiento del Presidente Lincoln, sometiéndolo á su consideración las condiciones bajo las cuales se podría, en su concepto, llevar á cabo un arreglo. El hecho de haber comenzado en la Carolina del Norte las elecciones para nombrar un nuevo gobernador, y la circunstancia de ser muy probable que ganase la votación Mr. Holden, candidato unionista, fueron las principales razones en que se apoyaba Mr. Greeley para demostrar que era conveniente tomar en consideración las proposiciones de paz, y para el caso de que se conformara el Presidente, remitirle el siguiente proyecto, que constaba de seis artículos:

»1.º Se restablece la Union, que deberá conservarse perpétuamente.

»2.º La esclavitud queda abolida para siempre.

»3.º Se concederá una completa amnistía por todos los delitos políticos, y asimismo se reconocerán á todos los habitantes de cada Estado sus derechos y privilegios como ciudadanos de la Union.

»4.º El Gobierno abonará cuatrocientos millones de duros en acciones del cinco por ciento á los Estados esclavos, entre los cuales se repartirá esta suma, á prorata, para compensar las pérdidas que sufrieron los ciudadanos leales por la abolición de la esclavitud. Se entiende que cada Estado tendrá derecho á la cuota cuando su legislatura esté conforme con el tratado de paz.

»5.º Los Estados esclavos tendrán re-

presentación en la Cámara, contándose los negros como parte de la población.

»6.º Tan pronto como sea posible, se reunirá una Convención nacional para rectificar el tratado que se celebrare, adicionando á la Constitución las enmiendas que se creyesen necesarias.»

El Presidente Lincoln tomó en consideración las proposiciones de su corresponsal Mr. Greeley, y creyó conveniente comisionarle para que marchase á Niágara á celebrar una conferencia con las personas de que se trataba, pero esto no produjo resultado alguno, pues habiendo manifestado luego el Presidente en una nota transmitida por su secretario privado, Mr. Hay, que no se entablaria negociación alguna hasta que fueran á Washington los agentes de la Confederación, autorizados debidamente, se frustró el proyecto por no haberse presentado aquellos en la capital. Todo esto desagradó en extremo á los que confiaban que terminaría muy pronto la guerra, y sobre todo á los separatistas y al partido de la oposición, que pudieron ver á los pocos días una carta del Presidente Lincoln concebida en estos términos:

«Departamento ejecutivo.

» Washington 18 de julio de 1864.

» Á QUIEN INTERESE.

» Toda proposición que tenga por objeto el restablecimiento de la paz, la integridad de la Union, la supresión de la esclavitud, y que se haga por una autoridad superior, se tomará en consideración por el Gobierno ejecutivo de los Estados-Unidos, y se discutirá detenidamente, asegurándose el apoyo necesario al portador ó portadores de ella.

» ABRAHAM LINCOLN. »

Mrs. Clay y Holcombe sacaron todo el par-

tido posible de este escrito para escitar la animosidad del Sur y la de todos aquellos que deseaban entonces celebrar una paz honrosa, llegándose hasta el punto de decir que las proposiciones de los confederados no se habían querido tomar en consideración como era de esperar. Precisamente en aquellos días se habían hecho por otro conducto las mismas gestiones, que dieron igual resultado. El coronel Jaques y Mr. Gillmore, de Nueva-York, habían ido á Richmond con el permiso del Presidente Lincoln, pero sin autorización oficial, á fin de tratar también sobre la paz, y habiéndoseles permitido entrar en la capital, escribieron una carta á Mr. Benjamin, Secretario de Estado, solicitando una entrevista con el Presidente Mr. Jefferson Davis. Concedida esta, los citados agentes celebraron una larga conferencia con el jefe de la Confederación, quien, al indicarles cuál sería su ultimatum, les dijo:

«Deseo la paz tanto como vosotros, y como vosotros deploro la efusión de sangre, pero mi conciencia me dice que ni una sola gota de la que se ha vertido recaerá sobre mi cabeza. Me queda el consuelo de haber hecho todo lo posible para evitar esta guerra, pues yo la preveía hace mucho tiempo, y por espacio de doce años he trabajado día y noche para impedirla. Bien veis que han sido inútiles mis esfuerzos. El Norte se ha dejado arrastrar por un loco extravío; no ha querido que nos gobernásemos nosotros mismos; esta ha sido la principal causa de la guerra, y ahora debe continuar hasta que haya perecido el último hombre de nuestra generación. Entonces nuestros hijos sabrán empuñar el fusil y proseguir la lucha á *menos que reconozcáis nuestros derechos*. Nosotros no defendemos la esclavitud, nos batimos por nuestra INDEPENDENCIA, y con ella viviremos ó pereceremos en la demanda.»

Al retirarse los comisionados y cuando ya se despedían, les dirigió Mr. Davis las siguientes palabras:

«Decid á Mr. Lincoln de mi parte que siempre me hallará dispuesto á escuchar con el mayor gusto proposiciones de paz siempre que por estas se reconozca nuestra independencia. Será completamente inútil que se me dirijan en otro sentido.»

Merced á esta explícita declaración de Mr. Jefferson Davis, no podía ya dudarse de que la guerra continuaria hasta que se reconociera á la Confederación como una potencia independiente ó se la destruyera por completo. El saber esto de una manera positiva equivalía á una victoria para la causa nacional, pues aun cuando los jefes separatistas habían hablado siempre en el mismo sentido, la oposición en los Estados leales alegaba siempre que los confederados solo luchaban contra la abolición de la esclavitud, y que fácilmente se conseguiría la paz si el partido republicano dejaba el poder.

Mientras se hacían estas inútiles gestiones para negociar la paz, los demócratas, mucho menos fuertes que los republicanos á causa de las disensiones de su partido, esperaron tanto como les fué posible antes de organizar su Convención, sin duda porque creían que en el intervalo, sus adversarios cometerían una falta irreparable, ó bien que podrían convenir en un programa político ó en los candidatos que se deberían proponer al pueblo. Por este motivo no se reunieron en Chicago hasta el 29 de agosto los representantes de la democracia: eran los unos unionistas de buena fe, que creían sinceramente que aun sería posible restablecer la armonía entre las sociedades democráticas del Norte, y la aristocracia feudal del Sur; otros deseaban tan solo que se hiciesen nuevas tentativas en favor de la paz antes de

continuar la guerra hasta la destrucción completa de una de las partes beligerantes, y no pocos querían que á toda costa se pusiera término á la lucha, sin temer que algún día cayesen los Estados-Unidos bajo la dictadura de los plantadores del Sur y de sus amigos. Entre los representantes de opiniones tan diversas no era posible que reinase mucha cordialidad y afecto, y así es que las sesiones de la Convención fueron muy borrascosas, como podía esperarse, y el programa del partido democrático no pasaba de ser un conjunto de ideas á cual mas contradictorias. Hubo acalorados debates; se presentaron numerosos proyectos, y oyéronse discursos de cuya violencia no podría formarse una idea exacta el lector si no reprodujéramos uno ó dos párrafos. Mr. Burr, de Nueva-Jersey, al dirigir la palabra al auditorio, dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Nosotros no tenemos derecho para incendiar los campos de nuestros enemigos y saquear sus casas, pero Mr. Lincoln había hecho lo mismo después de robar miles de negros. Habíase dicho que si el Sur deponía las armas se restablecería la Unión, mas no se tuvo presente que el Sur no podía hacerlo, porque luchaba por su honor y por sus derechos. El Gobierno unionista había enviado ya dos millones de hombres á la matanza; no era fácil que Lincoln cubriese las bajas de su ejército ni por medio del alistamiento ni recurriendo á las quintas, y esto se ha hecho porque se quería evitar á toda costa que ni uno solo de los Estados de la Unión se declarase en nuestro favor.»

El reverendo Enrique Clay pronunció también un discurso por demás apasionado, y en uno de los principales párrafos expresábase en los términos siguientes:

«Por espacio de tres años, Lincoln ha estado pidiendo hombres y mas hombres, y los

ha encontrado, mas á pesar de sus numerosos ejércitos, se le ha *vencido!* Nunca se había presenciado semejante derrota; nunca se había visto tan espantosa matanza desde la destrucción de Senacherib, y sin embargo, el monstruo usurpador necesita aun mas hombres para llevar á cabo sus siniestros planes.

»Desde que el traidor y tirano ocupa la silla presidencial, los hombres de la república no se ocupan sino de la guerra; la sangre se ha vertido á torrentes, y á pesar de esto, ese monstruo no ha saciado todavía su sed inestinguible.»

Tal era el espíritu de los varios discursos que se pronunciaron en aquella Convención, y ciertamente no era de extrañar que reinase tanta efervescencia, pues entre los miembros que componían la reunión había muchos oficiales separatistas procedentes del Canadá, los cuales no perdonaban esfuerzo alguno para escitar los ánimos.

Cuando se procedió á las elecciones de candidatos para la presidencia y vice-presidencia, la mayoría designó para el primer cargo al general Mc Clellan, y para el segundo á Mr. Pendleton, el cual ganó la votación por unanimidad, siendo sus contrincantes Mr. Guthrie, Mr. Powell y Mr. Cass. Mc Clellan, que al principio no contaba sino con ciento sesenta y dos votos, obtuvo luego hasta doscientos dos, mientras su adversario, Tomás Seymour, de Connecticut, solo alcanzó veintitres. El general demócrata creyó deber aceptar el honor que le hacía el partido, pero en el manifiesto que publicó en aquella ocasión, tuvo cuidado de indicar que se separaba de una parte de los patriotas que habían contribuido á su nombramiento, alegando que no dejaría de apoyar un instante la causa del Gobierno. Terminados los trabajos de la Convención, disolvióse esta, conviniendo antes sus miembros en reunirse

de nuevo tan pronto como fuese necesario.

Hé aquí ahora la carta que escribió el general Mc Clellan al presidente del Comité que había trabajado en su favor en las elecciones; es un documento que le concilió la estimación de todos, hasta de sus mismos adversarios, y como documento de interés, nos parece conveniente reproducirlo:

«Orange 8 de setiembre de 1861.

»Á MR. HORACIO SEYMOUR Y OTROS INDIVIDUOS DEL COMITÉ.

»Muy señores míos: Tengo el honor de acusaros recibo de la carta por la cual me anunciáis mi nombramiento por la Convención nacional democrática de Chicago como candidato para el cargo de Presidente de los Estados-Unidos.

»No me parece necesario decirlos que no he trabajado para obtener esta candidatura, y al favorecerme con ella me alegro mucho saber que se han tenido en cuenta los actos de mi vida pública. Á los muchos servicios prestados en el ejército, tanto en tiempo de paz como de guerra, debo principalmente que se haya arraigado en mi alma el amor y el respeto á la Unión, á la Constitución y á la bandera de mi patria; este mismo sentimiento me ha guiado y me guiará siempre hasta la hora de mi muerte.

»Á mí me parece que la existencia de dos Gobiernos en esta región del globo donde flotó una vez nuestro estandarte, es incompatible con la paz, el poder y la felicidad del pueblo. El mantenimiento de la unión ha sido á lo que parece la única causa de la guerra; para conservar aquella debemos combatir siempre en defensa de los principios que varias veces he proclamado cuando estaba en el servicio activo, pues de este modo la obra de reconciliación sería mas fácil y antes recogeríamos el fruto de nuestras numerosas victorias.

»El restablecimiento de la unión es y debe ser la condición indispensable de todo arreglo, y tan pronto como parezca evidente, ó aun probable, que nuestros adversarios se hallan dispuestos á celebrar la paz en este sentido, debemos apelar á todos los recursos políticos de las naciones civilizadas, conocidos por las tradiciones del pueblo americano y que estén conformes con el honor y los intereses del país, para asegurar una paz duradera, conservando al mismo tiempo los derechos constitucionales de cada Estado. La unión es la condición esencial de la paz; nosotros no pedimos otra cosa. Permitidme añadir que en mi concepto, tanto esa Convención como el pueblo á quien representa, deben estar persuadidos de que si un Estado cualquiera quiere volver á la Unión, será recibido inmediatamente, garantizándosele todos sus derechos constitucionales.

»Si nuestros leales y constantes esfuerzos para conseguir el objeto apetecido no diesen resultado alguno, sea entonces la responsabilidad de aquellos que siguen haciendo armas contra la unión, que debe mantenerse á toda costa. Yo no podría volver á ver á mis bravos camaradas del ejército y de la flota, que han sobrevivido á tan sangrientas batallas, para decirles que los sacrificios de tantos de nuestros hermanos, muertos ó heridos en el campo del honor, han sido completamente inútiles, y que debemos abandonar la causa de esa unión, por la cual hemos espuesto tantas veces nuestras vidas. Una gran mayoría de nuestro pueblo, y así el ejército como la marina verían con el mayor placer la terminación de la guerra, pero en mi concepto, la paz no es posible sin la unión.

»En cuanto á los demás puntos discutidos por la Convención, no necesito decir que trazaré mi línea de conducta segun los principios constitucionales y las leyes que rigen

en el país; que procuraré observar la mayor economía en los gastos públicos, y que no perdonaré, en fin, esfuerzo alguno para que, impulsado nuestro país por el sentimiento nacional, procure volver á ocupar el puesto que la corresponde entre las naciones civilizadas del mundo. La situación de la hacienda, la depreciación del papel moneda y las cargas impuestas al trabajo y al capital, demuestran la necesidad de adoptar un buen sistema financiero, pues los derechos de los ciudadanos y de los Estados, así como la autoridad de la ley sobre el Presidente, sobre el ejército y el pueblo, son cosas tan sagradas en tiempo de guerra como en tiempo de paz.

»En la inteligencia de que mis opiniones son las de la Convención y las del pueblo que representa, acepto el nombramiento, y mía será toda la responsabilidad si aquel le ratifica, pero implorando la protección del Sér Supremo, y confiando en su divino auxilio, haré todo lo posible para restablecer la unión y la paz en nuestra afligida patria, y para defender sus libertades y sus derechos.

»Aprovecho esta ocasión, señores, para ofrecerme respetuosamente vuestro muy obediente servidor,

»*Mc Clellan.*»

Este hábil programa no sorprendió á los amigos íntimos del general, quien seguramente se habría comprometido si no hubiese rechazado toda complicidad de ideas con ciertos políticos que se proponían introducir la discordia entre los Estados republicanos para fundar la Confederación del Noroeste.

Cuando se supo en todo el país el resultado de la Convención, comprendió el partido democrático que esta había cometido un grave error, mientras los partidarios de Mr. Lincoln, que algunas semanas antes dudaban mucho de su reelección, dieron ya por seguro el triunfo. Pocos días después circuló por

todo el país la noticia de que Sherman había tomado la ciudad de Atlanta mientras Farragut se apoderaba de las fortificaciones de Mobile, y entonces el Presidente Lincoln publicó una proclama previniendo se cantase un Te-Deum en todas las iglesias, en acción de gracias al Todopoderoso por las victorias alcanzadas por Sherman, Farragut, Canby y los demás jefes, disponiéndose además que se hiciera una salva de cien cañonazos en todos los arsenales. Fácilmente se comprenderá á qué punto llegaría el entusiasmo del Norte con tan fausta nueva, y bien puede asegurarse que desde aquel momento, los que dudaban aun de la reelección de Mr. Lincoln la consideraron ya como un hecho consumado, mientras que por otra parte el general Mc Clellan perdió completamente las esperanzas de ocupar el sillón presidencial.

En las segundas elecciones, que comenzaron en 25 de setiembre, alcanzó también un señalado triunfo el partido republicano, pero las más importantes fueron las del Estado de Maryland, en el cual se debía admitir ó desechar la nueva Constitución por la que se suprimía la esclavitud. Aunque el partido democrático y los abolicionistas lucharon con todas sus fuerzas, no les favoreció tampoco esta vez la suerte, pues la Constitución fué aprobada por una inmensa mayoría. El general Mc Clellan obtuvo solo veintinueve votos para la presidencia, y estos eran de los Estados de Nueva-Jersey, Delaware y Kentucky; los demás, es decir, doscientos doce, recayeron en favor de Lincoln y Johnson. Los únicos Estados donde la votación se dividió, casi hasta igualarse, fueron los de Nueva-York, Pennsylvania, Connecticut, Delaware, New-Hampshire, Nueva-Jersey y Oregon. Terminadas las elecciones genera-

les, resultaron para Abraham Lincoln dos millones doscientos trece mil seiscientos sesenta y cinco votos, y un millón ochocientos dos mil doscientos treinta y siete para Mc Clellan, de modo que el primero obtuvo una mayoría de cuatrocientos once mil cuatrocientos veintiocho votos; el ejército dió á Lincoln ciento diez y nueve mil setecientos cincuenta y cuatro, y á Mc Clellan treinta y cuatro mil doscientos noventa y uno, siendo por lo tanto la diferencia de ochenta y cinco mil cuatrocientos sesenta y tres en favor del Presidente. Como era de esperar, fué preciso introducir algunos cambios en la Cámara de Representantes, y así se hizo desde luego. Algunos diputados se separaron del partido que primeramente los eligiera; otros hubieron de retirarse por no tener ya derecho á la representación, y no pocos, en fin, abandonaron sus puestos por haberles elegido los Estados que estaban en guerra con el Gobierno.

El Congreso trigésimo octavo se reunió el día 6 de diciembre, es decir, poco después de las elecciones, y al día siguiente <sup>1864.</sup> remitió Mr. Lincoln su último mensaje anual, en cuyo documento se trataban las cuestiones más importantes, pero principalmente todas las referentes á la guerra. El Presidente empezaba hablando sobre las últimas elecciones, y decía lo siguiente:

«Á juzgar por el resultado de las elecciones, el más vehemente deseo del pueblo en los Estados leales, es mantener la integridad de la Unión, y en esto se muestran todos unánimes. La tranquilidad y el buen orden que ha reinado en los colegios electorales, prueban también hasta la evidencia lo que ahora os digo, y no solo los amigos del Gobierno, sino una gran mayoría de los diputados de la oposición, desean que se ponga término á la lucha y que se restablezca la unión de una manera permanente. Se ha

discutido mucho entre nuestros hombres políticos acerca de los medios de conseguir el objeto apetecido, pero el pueblo todo se muestra dispuesto á salir á la defensa de la causa nacional, y una prueba de ello es el voto unánime que acaba de emitir.»

Refiriéndose á las negociaciones que se habían intentado para celebrar la paz, y al manifestar que dudaba se pudiera conseguir aquella por los medios conciliatorios, expresábase el Presidente en estos términos:

«La única é indispensable condición para poner término á la lucha, es que cese la resistencia armada contra la autoridad nacional, pero cuando esto suceda no me retractaré un punto de lo que ya he dicho acerca de la esclavitud, y por lo tanto, repitiendo la declaración que hice el año anterior, debo manifestaros que mientras ocupe este puesto, no trataré de modificar en lo más mínimo mi proclama sobre la emancipación. Tampoco consentiré que vuelva á la esclavitud ninguno de los que fueron ó sean declarados libres en lo sucesivo, según los términos de aquella ó de las actas del Congreso que se refieren á este punto. Si el pueblo, mudando de parecer, exigiera que el Poder ejecutivo redujera á la esclavitud á los que han salido de ella, sería preciso que antes eligiese otro Presidente para conseguir sus fines.

»Al manifestaros que no veo sino una condición para celebrar la paz, solo quiero decir que la guerra cesará por parte del Gobierno cuando desistan de su empeño los que dieron principio á ella.»

Mr. Lincoln terminaba su mensaje recomendando al Congreso aprobara la enmienda constitucional relativa á la abolición de la esclavitud, sometida á la consideración del Senado por Mr. Anderson, en 11 de enero de 1864, y con este motivo decía:

«Sin cuestionar acerca de la sabiduría y